

EL BAYO PURA SANGRE

Para Buzzy Malli

El invierno de 1886-1887 fue terrible. No encontrarás ni una puñetera historia de las altiplanicies que no lo diga. Durante el estiaje veraniego grandes rebaños esquilmaron los pastos. Las tempranas nieves se helaron con tal dureza que los animales no podían romper la capa de hielo para llegar a la hierba. A continuación vinieron las ventiscas y un frío que helaba los ojos, y los demacrados cadáveres de las reses se amontonaban en arroyos y cañadas.

Un joven vaquero de Montana, un tanto presumido, había economizado en chaquetas y mitones para gastarse toda la paga en un hermoso par de botas de artesanía. Cruzó al territorio de Wyoming en la creencia de que allí haría más calor, ya que estaba más al sur. Aquella noche murió congelado en la escarpada orilla occidental de Powder River, ese curso de agua famoso por sus dimensiones y su dirección: un par de centímetros y medio de profundidad, kilómetro y medio de anchura y fluye cuesta arriba desde Tejas.

La tarde siguiente, tres vaqueros del rancho Box Spring de los alrededores de Suggs pasaron a caballo junto a su cadáver, para entonces azul como piedra de amolar y medio sepultado en la nieve. Eran tres hombres con sentido común

y con recursos. Llevaban mantas a modo de abrigo, chaparajos de lana, bufandas de lana sin desgrasar atadas sobre los sombreros y bajo las cerdosas barbillas, mitones de piel de oveja, y dos de ellos tenían la buena fortuna de que sus pies se acomodasen dentro de espesos calcetines y buenas botas. El tercero, Dirt Sheets, un bizco bebedor de aceite capilar, iba bien pertrechado por arriba, pero la suerte le había fallado por abajo: botas abarquilladas en la zona del pulgar, rajadas y agujereadas, y sin calcetines.

—Esa tajada de carne seca lleva unas botas de mi tamaño —dijo Sheets, y por vez primera en el día desmontó. Tiró de la bota izquierda del vaquero de Montana, pero se le había congelado encima. La derecha tampoco se desprendía con mayor facilidad.

—Hijo de res enferma empotrado en un banco de nieve —dijo—, se las voy a cortar y las deshelaré después de la cena.

Sheets desenfundó un cuchillo de caza y aserró las pantorrillas del vaquero de Montana justo por encima de las botas; guardó los embotados pies en sus alforjas, admirando el cuero repujado y los corazones y tréboles respunteados. Continuaron cabalgando río abajo en busca de reses perdidas, encontraron una docena hundidas en profundos lodazales helados y casi todas las horas de luz se les fueron en sacralas de allí.

—Demasiado tarde para ir al barracón. La cabaña del abuelo Grice no queda lejos. Seguro que tiene ciruelas secas o algún otro bocado, o al menos una estufa caliente.

La temperatura había descendido tanto que los salivazos crepitaban en el aire y uno no se atrevía a mear por miedo a quedarse pegado al suelo hasta la primavera. Coincidieron en que debía de hacer como poco cinco bajo cero, el viento cortaba con auténtica furia de Wyoming.

Encontraron la cabaña seis kilómetros al norte. El abuelo Grice entreabrió la puerta.

—Pasad, pasad, tanto si sois vaqueros como cuatreros.

—Vamos a poner los caballos a cubierto. ¿Dónde está el establo?

—Establo. Nunca lo tuve. Ahí tenéis un cobertizo, detrás del montón de leña, bastará para que no se los lleve el viento ni se congelen. Yo tengo a mis dos caballos aquí dentro, junto al aparador. Los tengo tan mimados como si fueran críos. Podéis echaros a dormir donde encontréis sitio, pero os advierto que no molestéis al bayo pura sangre si no queréis que os hincue el diente y os eche a escupitajo limpio. Es un corcel muy bravo. Coged una silla y tomad un poco de este puto estofado. Me sobra conversación jugosa para acompañarlo. Los panecillos están a punto de salir del horno.

La velada transcurrió a las mil maravillas entre la comida, la bebida, los juegos de naipes y los intercambios de mentiras, mientras la estufa despedía calor a raudales y los consentidos caballos del abuelo Grice suspiraban de placer. La única nota desagradable desde el punto de vista de los vaqueros fue que su anfitrión los desplumó, sacándoles tres dólares y cincuenta centavos. Hacia la medianoche Grice apagó el candil de un soplo y se metió en su catre, y los tres vaqueros se tumbaron en el suelo. Sheets colocó sus trofeos detrás de la estufa, apoyó la cabeza en su silla de montar y se quedó dormido.

Despertó media hora antes de que amaneciera, recordó que era el cumpleaños de su madre y que si quería comunicarle por telégrafo su filial afecto tendría que cabalgar más deprisa que un rayo en cadena con los eslabones rotos, ya que la oficina de telégrafos de Overland cerraba a las doce del mediodía. Fue a ver sus espeluznantes trofeos, los en-

contró descongelados, sacó las botas y calcetines de los pies originales y se los embutió en los suyos propios. Arrojó los desnudos pies del vaquero de Montana y sus botas viejas en el rincón de al lado del aparador, salió sigiloso como pluma suspendida en el aire, ensilló su caballo y se alejó. El viento había amainado y la fría brisa lo reanimó.

El abuelo Grice estaba ya en pie, moliendo granos de café y friendo beicon. Echó un vistazo a sus bien abrigados huéspedes y dijo:

—El café está listo.

El bayo pura sangre pateó el suelo y movió con el casco algo semejante a un pie humano. El abuelo Grice se acercó a mirarlo mejor.

—Un mal comienzo para el día —se dijo—, esto es el pie de un hombre y allí está el otro —contó a sus huéspedes dormidos. Sólo había dos.

—Despertad, supervivientes, despertad, por amor de Dios, y levantaos.

Los dos vaqueros se levantaron de sus catres y miraron con ojos desorbitados al viejo, que echaba verdaderos espumarajos por la boca y señalaba los pies tirados en el suelo tras el bayo pura sangre.

—Se ha zampado a Sheets. Ay, ya sabía yo que era un caballo duro de pelar, pero de ahí a comerse a un hombre hecho y derecho. Bribón salvaje —le chilló al bayo pura sangre, y lo echó de la casa, al frío inclemente—. No volverás a comer carne humana nunca más. Vas a dormir ahí fuera, con la ventisca y los lobos, diablo condenado al infierno —en su fuero interno le agradaba poseer un caballo tan bravo como para comerse a un vaquero crudo.

Los jinetes de Box Spring sobrantes estaban en pie, bebiendo café. Miraron de soslayo al abuelo Grice y se ajustaron las cartucheras.

—Ay, muchachos, por lo que más queráis, que accidente tan espantoso. No sabía lo mala bestia que era ese bayo pura sangre. Que esto no salga de aquí. Sheets no era nada del otro jueves y yo tengo cuarenta dólares en oro, más o menos, y los tres dólares y medio que os gané anoche. Tomaos el beicon y no creéis problemas. Ya hay bastantes problemas en el mundo.

No, no crearon ningún problema y guardaron el pesado dinero en sus alforjas, tomaron una última taza de café, ensillaron sus cabalgaduras y se alejaron a galope en la sonriente mañana.

Cuando vieron a Sheets por la noche en el barracón, le saludaron con la cabeza, le felicitaron por el cumpleaños de su madre, pero no dijeron nada de bayos pura sangre ni de cuarenta y tres dólares y cincuenta centavos. Las cuentas les habían salido muy bien.

